

II Congreso Catequístico Internacional

CONCLUSIONES

El Congreso Catequístico Internacional, convocado en Roma, del 20 al 25 de septiembre de 1971, por la Sagrada Congregación del Clero, ha constituido no sólo una asamblea de pastores y de expertos de todo el mundo; sino además un acto significativo de toda la Iglesia: el hecho de que Obispos, sacerdotes, laicos, religiosos y religiosas hayan orado y discurredo en común durante varios días; el hecho de que, participantes de diversos países hayan experimentado la misma preocupación, es señal de la importancia que reviste, para toda la comunidad eclesial contemporánea la actividad catequística en el mundo.

En relación con los temas fundamentales tratados en el Congreso, se deducen al clausurarlo, las conclusiones siguientes:

I. NECESIDADES, DIFICULTADES, POSIBILIDADES

1. La catequesis cristiana constituye una de las modalidades fundamentales del ministerio de la Palabra en la Iglesia: debe participar del carácter preeminente, permanente y prioritario del ministerio de la predicación, dentro del servicio pastoral que la Iglesia presta a los hombres.

2. La acción catequética se ha desenvuelto en el mundo, durante el presente siglo, recorriendo un largo camino de renovación: es éste, fenómeno muy positivo y providencial en la vida de la Iglesia.

La atención prestada a la edad y a los intereses del catequizando; el afán por descubrir los métodos de la pedagogía activa aplicables a la educación de la fe —a la luz, especialmente, de la renovación bíblica, litúrgica, eclesiológica—; la inserción progresiva dentro de las responsabilidades catequísticas de los diversos sectores de creyentes —religiosos, seglares, etc.— que componen las comunidades locales;... todo ello ha de considerarse como factores significativos del profundo deseo que se experimenta de acomodar la catequesis a la realidad humana, sin mengua de la fidelidad debida a las exigencias del Mensaje de Salvación.

3. Con todo, esta acción eclesial plantea al presente problemas gravísimos a quienes ejercen el ministerio catequístico. Los esfuerzos realizados en tantos dominios, aun enriqueciendo este sector de la actividad de la Iglesia, descubren horizontes nuevos: se vislumbran necesidades inmensas a las que debe buscarse remedio inmediato.

Estas necesidades, con su cortejo de obstáculos y de oportunidades, tienen su raíz en la profunda mutación que está experimentando el hombre en la sociedad y en la Iglesia contemporáneas.

4. La catequesis se dirige al hombre. El punto de partida para la actividad catequética es la situación del hombre. Uno de los elementos con que se ha enriquecido la actividad catequética durante estos últimos años ha sido el descubrimiento de los variados aspectos de las situaciones humanas: la dimensión individual, la situación de la familia, de la sociedad, de la cultura en general... No puede concebirse al hombre, aislado de esos aspectos múltiples, que le constituyen.

Anunciar la palabra de Dios a este hombre concreto es, pues, transmitirle una palabra viva dentro del contexto total que le constituye. Así considerado, el interés que se presta a la situación no se reduce a sencillo medio pedagógico; es exigencia fundamental de la Palabra misma: pues la Encarnación concierne al hombre real, a fin de comunicarle la vida del Hijo de Dios.

5. Las situaciones del hombre a quien el anuncio del Evangelio debe transformar y salvar son múltiples y cambiantes. El Congreso se ha fijado particularmente en algunas de ellas; la situación de las iglesias jóvenes, que actúan en países nuevos y en vías de rápida transformación social. La exposición y el anuncio del mensaje, deben convertirse aquí en obra de liberación para todo el hombre. Así manifestará la catequesis que la verdadera salvación para el hombre no puede proceder sino del Verbo encarnado, y que la salvación que Jesús nos trae tiene la capacidad de transformar el mundo hasta en sus aspectos sociales y políticos.

6. Una de las transformaciones más importantes en las sociedades contemporáneas es la operada en el terreno de la educación y en los medios de adquirir y comunicar la cultura. La formación del hombre se verifica hoy tanto fuera como dentro de la escuela, y se extiende por la educación permanente a la vida entera; además los medios de comunicación social transforman profundamente los procedimientos de estudio y de educación.

Por eso, en consonancia con tales situaciones, se otorga atención creciente a la catequesis de adultos y se reconoce que la catequesis de los muchachos es, más que en época alguna, dependiente de la fe de los adultos. Los adultos y las familias reclaman, pues, cierta prioridad catequética.

7. La situación del hombre es también religiosa. Al aislamiento de los grupos religiosos han sucedido amplias informaciones y contactos múltiples entre dichos grupos. Esta dimensión ecuménica no puede desconocerla la catequesis. En tal ambiente pluralista, debe educar a un tiempo en la dirección profunda de la identidad peculiar y en la de apertura sin reticencias ni sectarismo. Respecto a las religiones no cristianas, el espíritu misionero empezará por estudiar y tratar de comprender, sin cuyos requisitos no puede darse testimonio válido.

8. Supuesto que ahora la situación tanto social, como familiar y religiosa del hombre se modifican con rapidez; las formas de la catequesis no pueden seguir siendo las mismas, so pena de envejecer y endurecerse y de acabar por resultar infieles a la tarea misma que el Señor encomendó a sus discípulos.

Si hubo tiempos en que el trabajo catequístico podía ordenarse esencialmente a la pedagogía de asimilación; parece que hoy nuestra tarea se hace imposible sin acudir a la pedagogía de la creatividad.

Se trata de capacitar a los cristianos —niños, adolescentes o adultos— para inventar el modo según el cual su vida cristiana y el testimonio de su fe y de su palabra, puedan dar sentido a tal situación humana y, por el mero hecho, conseguir que en ella nazca la Iglesia.

9. Tal creatividad de la fe adquiere urgencia particular en aquellas regiones del mundo donde existe sólida tradición de cristianismo popular. El es el que ha permitido ordinariamente a generaciones de hombres y de mujeres vivir del Evangelio y tomar parte en la vida de la Iglesia de modo sencillo al par que vigoroso.

Pero ya no es posible responder a las variadas formas de la cultura contemporánea y del desarrollo acudiendo a viejas fórmulas populares de formación cristiana, sin grave peligro de degradación de la fe y de la vida eclesial.

II. NATURALEZA, OBJETIVOS Y PROCESO DE LA CATEQUESIS

1. Concebida en su aspecto dinámico, la Revelación implica el que Dios mismo, como persona, se comunique a otras personas. Atendiendo a esta relación interpersonal, es como se comprende el designio de Dios respecto del hombre en Jesucristo; la Revelación supone mucho más que la comunicación de verdades en fórmulas acomodadas a las diversas situaciones culturales.

2. Al revelarse, la acción de Dios no queda limitada a las comunidades cristianas. En realidad, es el género humano entero quien recibe la acción universal del Espíritu. Importa, pues, discernir su presencia e interpretar su acción en todo movimiento legítimo.

3. Esto exige que se eduque la visión de la fe como ofrecida a todos. Tal educación procura, además, la posibilidad de que el desarrollo humano sea digno. Esta educación de todo el hombre debe continuarse en el tiempo y el espacio con intensidad y profundidad. El lenguaje de la catequesis ha de variare, no sólo con las distintas edades, sino también en relación con los diferentes grupos dentro de cada cultura.

4. La catequesis de adultos constituye la forma acabada de la catequesis. Las demás formas dicen relación a ella —la respuesta a la fe es relativa a las posibilidades de cada uno dentro de la comunidad—. Debe iniciarse al hombre en la reflexión sobre la experiencia, en su interpretación dentro de la comunidad y en la manera de formularla y asimilarla nuevamente, de modo que corresponda a una vida verdaderamente adulta en la fe.

El testimonio de la comunidad adulta es la fuente y el balance de la catequesis juvenil. Además, deben los padres recibir la ayuda indispensable para desempeñar su cometido de mediadores de la fe para con sus hijos. La mayor parte de los dictámenes y explicaciones teológicas deben revisarse. Aun cuando sean legítimos, ha de evitarse toda posición unilateral, en bien de la sana catequesis.

5. Los grupos reducidos constituyen lugar privilegiado para la educación de los adultos. Pueden convertirse en comunidad de fe por su peculiar testimonio y estilo de vida. En tal atmósfera pueden los niños y jóvenes iniciarse muy bien en la vida cristiana.

6. A los niños se los bautiza en la fe de sus padres y de su comunidad. Por tanto, es de desear que se prepare a los padres antes de bautizar a sus hijos. En lo concerniente a la primera comunión y a la primera comunión, debe procederse con los niños como con persona libre para decidir su elección, y ha de respetarse el derecho de los padres a discernir si sus hijos están en condiciones de recibir esos sacramentos. Han de continuarse los estudios concernientes a la teología de la confirmación.

7. La relación entre catequesis y teología, y entre revelación y experiencia exige estudio y aclaración. Importa mucho explorar la posibilidad de relación más dinámica entre ellas.

Los medios de comunicación social deben considerarse dentro del contexto de la revelación. La catequesis ha de acudir a ellos y aprender a utilizarlos con competencia, sobre todo por la organización de centros especializados. Estos han de estar en relación con las áreas culturales. Las Conferencias Episcopales deben distribuirse los gastos.

8. La educación permanente del clero, que debe empezar por la formación pastoral y catequética del seminario mayor y ha de continuarse después, debe constituir la primera preocupación de los Obispos locales y de las conferencias episcopales.

III. CONTENIDO DE LA CATEQUESIS

1. Los Evangelistas anunciaron el Evangelio único de Jesucristo en formas diversas, atendiendo a los distintos grupos humanos a quienes se dirigían. Siguiendo sus pasos, la Iglesia actual se siente impulsada por el Espíritu Santo a comunicar el mensaje cristiano de salvación a los hombres de ambientes culturales diversos, y que han conseguido niveles de educación diferente; y esto, en el lenguaje que les es propio y de manera proporcionada a su comprensión. La fuerza vivificante de la luz de Jesucristo, da pruebas así de su universal riqueza.

2. La Escritura es fuente y blanco de la catequesis. Establece entre el Mensaje y los hechos la relación que permite al hombre llegar a la fe y convertirse en testigo.

Los catequistas deben meditar las expresiones fundamentales del Evangelio en las que, de modo inmediato, se expresan y descubren las experiencias, congojas y esperanzas de los hombres. El ministro de la palabra consigue así iluminar a los hombres de distintas edades su propia situación, a la luz de Jesucristo y en conformidad con el método que les conviene. De ese modo, la palabra escrita de Dios hace posibles experiencias inesperadas e importantes para sus vidas. La catequesis, que se estima al servicio de los hombres, particularmente de quienes pertenecen a las categorías humanas más humildes, prestará atención a la manera que éstos tienen de pensar y de expresarse, acudirá a los medios de comunicación que digan especial relación a su vida real.

3. Todo esto debe realizarse con sujeción a los Pastores de la Iglesia, a quienes fue confiado por la autoridad de Cristo el cuidado de los fieles. Así, supuesta la ayuda del Espíritu Santo, podrá ser testigo la doctrina de los Apóstoles, de modo siempre nuevo, en todas las lenguas y por todos los lenguajes, y se conservará la unidad de la fe en Jesucristo. Así garantiza el Magisterio de la Iglesia a todos los fieles y a todas las iglesias locales su participación en la fe de la única Iglesia de Cristo.

4. Fe que se funda en Jesucristo y se expresa por la confesión común de fe y por el memorial eucarístico. La confesión de fe es mucho más que una fórmula; es una doxología, es el signo de comunión con el Padre por Jesucristo en el amor del Espíritu Santo.

5. A la luz de estas afirmaciones, podemos poner de manifiesto los criterios que deben inspirar la identificación y la presentación del contenido, los cuales pueden expresarse con esta fórmula global: fidelidad a Dios-fidelidad al hombre.

A) *Fidelidad a Dios*

La catequesis debe poner a salvo

- a) la armonía y preparación en los contenidos del mensaje cristiano, respetando la jerarquía de las verdades que contiene;
- b) la originalidad del mensaje cristiano, expresando su triple tensión: cristocéntrica, teocéntrica y trinitaria, antropocéntrica;
- c) el carácter histórico de la economía de la Salvación, la cual se actualiza en el presente, mas dice referencia al pasado, del que ella es continuación y desenvolvimiento, y anuncia el futuro, que será su cumplimiento.

B) *Fidelidad al hombre*

a) En sus contenidos, la catequesis hará que descuelle la vitalidad del mensaje cristiano, o sea, su capacidad de poner al hombre en marcha y de empujarle hacia la maduración cada día más perfecta en su opción global de fe.

b) Debe hacer accesible el contenido del mensaje cristiano a los hombres de todas las edades, de todos los tiempos, de todas las culturas, expresándolo y adaptándolo sin mutilaciones ni alteraciones.

c) La integridad explícita del mensaje cristiano es el término y no el punto de partida de la catequesis.

d) Para identificar su contenido, la catequesis ha de referirse a varias fuentes: como comunicación del mensaje divino, descubre en la revelación escrita o transmitida por la Iglesia, su primero y formal manantial; en cuanto interpretación de la existencia humana, encuentra sus materiales entre todas las experiencias que ponen de manifiesto la existencia humana y sus problemas.

IV. EXIGENCIAS DE LA ACCIÓN CATEQUÉTICA

A) *Respecto a los sujetos de la catequesis.*

Sin cercenar lo que se viene haciendo en favor de niños y jóvenes, e incluso con el fin de contribuir mejor al crecimiento de éstos en la fe; es de desear que se dedique personal, medios de formación permanente e investigaciones internacionales a la catequesis de adultos.

Enfrentados los adultos con sus tareas sociales, tienen que descubrir el significado del misterio de Cristo, en relación con las ocupaciones en que se ven envueltos.

Por tanto, deberá la catequesis despertar el instinto de responsabilidad y de compromiso en las distintas empresas ordenadas a la construcción de la sociedad. Se intentará también entablar diá-

logo con todos cuantos trabajan por la liberación y promoción humana en espíritu de solidaridad y universalidad (cfr. *Octogésima Adveniens*).

En lo referente a los marginados e inadaptados, el Congreso ha podido ocuparse de ellos o afirmar la importancia evangélica y pastoral de la catequesis que se los dedica.

B) *Respecto a los Agentes de la Catequesis*

La renovación del ministerio catequístico supone:

- la diversificación de ministerios catequéticos;
- las responsabilidades efectivas y reconocidas, confiadas a las religiosas y a los laicos:
- el que se despierte en los cristianos comunes interés por la misión catequética y que se los forme al paso que se dedican a ella. El ejemplo de los padres es ya alentador.

Esto supone:

1. Que se otorgue prioridad económica a la formación, sobre los edificios y salarios.

La formación, tanto de los directivos como de los distintos catequistas subalternos, supone —aparte lo que ella por sí misma implica—:

- mejor conocimiento del proceso de auto-educación del adulto;
- cierta investigación concertada y planificada para identificar lo que desean los adultos;
- educar la aptitud que supone hacer frente al cambio y ocuparse de las relaciones familiares y sociales;
- educar asimismo la aptitud que supone el tomar parte en los proyectos colectivos;
- y educar la aptitud para descubrir y aprovechar la fuerza significativa del contenido de la revelación.

2. La existencia de cuadros permanentes o semipermanentes, en número restringido pero altamente cualificados, que animen el trabajo que se realiza desde la base. En este orden de cosas destaca la importancia de los Institutos Universitarios y de los servicios de diversa índole que pueden prestar.

Para tales cuadros —y para los catequistas permanentes actualmente en ejercicio de sus funciones —conviene modificar el sistema de recursos generales por un salario suficiente. Igualmente se impone el deber de ayudar a los catequistas del Tercer Mundo.

C) *Respecto a las Instituciones*

Los *Centros Nacionales* bien dotados de personal, constituyen exigencia vital para que el trabajo a escala regional, diocesana o de base sea de calidad, y las *Revistas Catequéticas* son instrumento eficiente de investigación y de difusión.

Pero las instituciones no pueden quedar satisfechas con administrar lo que ahora existe. Se exige de ellas que realicen un esfuerzo de previsión, de anticipación, respecto de las situaciones que pueden presentarse dentro de veinte años. Este esfuerzo de previsión ha de correr parejas con la tarea de programar y evaluar lo que actualmente realiza la catequesis.

En todos sus niveles, ha de comprenderse la actividad catequística como empresa sujeta a revisión periódica, tanto en sus directrices de orientación como en sus instituciones; de modo que no se le adelanten la transformación de las sociedades y de la Iglesia.

D) *Respecto a la Catolicidad de la Colaboración*

— Colaboración entre sí de las Conferencias Episcopales, en lo referente a la investigación y a la acción; sobre todo por lo tocante a los medios de difusión, los cuales exceden a los recursos de cada conferencia nacional.

— Colaboración entre la Santa Sede y las Conferencias episcopales. Esta colaboración, que se ha hecho más patente por el *Directorio General* y por el presente *Congreso*, debería continuarse mediante contactos regulares de trabajo y de estudio, condición para que resulte tarea de Iglesia.

Se ha manifestado el deseo de que se provean y organicen regularmente para lo sucesivo otras reuniones internacionales.

También se ha manifestado el deseo de que la Congregación del Clero constituya bajo de su autoridad un organismo específico de representantes de la Catequesis, autorizados y competentes, designado por las Conferencias Episcopales, y que se sometan a estudio el objeto, la composición y el ritmo de trabajo de tal Comisión.

Pedagogía de la fe

Situación y contenidos de la catequética hoy

SINITE se congratula en anunciar a sus lectores la aparición de la nueva obra del *Dr. Rodríguez Medina*, Presidente del Instituto Pontificio San Pío X y asiduo colaborador de la Revista.

Ofrece como primicias la Presentación y Prólogo de la misma. Con la firme esperanza de ofrecer próximamente su valoración y enjuiciamiento dentro del orbe catequético.

PRESENTACION

La obra de J. J. Rodríguez Medina está escrita para la formación de catequistas en centros e institutos de formación superior de educadores. Su nivel es más bien alto. Pero está estructurada de modo que fácilmente puede adaptarse a la preparación de catequistas de otros niveles. Puede ser especialmente útil para la formación catequética en las futuras escuelas universitarias de formación del profesorado y en los cursos teológicos, tanto de los seminarios como de centros universitarios donde se forman los futuros sacerdotes. Esta vez es verdad el tópico de que la obra «responde a una verdadera necesidad».

En su género, la obra de J. J. Rodríguez Medina me parece ejemplar. Llama la atención, en primer término, la claridad de exposición, la coherencia y el orden de los distintos capítulos y de las diversas partes de cada uno de ellos. Al comenzarlo, el lector se encuentra con un esquema sencillo que le permite orientarse con suma facilidad sobre el contenido del capítulo. Estos aspectos formales que alguno podrá considerar secundarios, son muy estimables en cuanto que ayudan al lector atento a organizar su saber, y a dar unidad y jerarquía a la abundante información que hoy llega hasta él de manera anárquica.

El estilo es sobrio, contenido. No se pierde en tentadoras ampliaciones. Informa rápidamente al lector sobre lo que hay acer-

ca del tema y le remite a una bibliografía amplia, en la que se advierte un esfuerzo considerable por seleccionar las obras más importantes y significativas.

Otra cualidad que salta a la vista es el propósito de ayudar constantemente al lector a descubrir las aplicaciones concretas que pueden seguirse de los principios y criterios que se van formulando. Cada capítulo propone reflexiones, sugerencias y aplicaciones de gran valor pastoral. El profesor puede encontrar en este manual abundantes recomendaciones para la enseñanza activa, pistas que ofrecer a los alumnos para que éstos por su cuenta vayan adentrándose en cada tema.

Las cualidades señaladas se refieren muy directamente a la utilidad pedagógica de la obra. Pero hay otros valores intrínsecos, independientes de su posible utilización.

En el conjunto de la producción catequética actual, considero la obra de Rodríguez Medina como obra-síntesis, que pone a disposición de los lectores una información global, pero precisa y documentada, acerca de las conclusiones más sólidas del movimiento catequético en lo que va de siglo. Una orientación equilibrada, que señala los caminos de la apertura posconciliar dentro de una línea de continuidad con la tradición viva de la Iglesia. Y que, en la medida de lo posible, supera ya decididamente ciertas antinomias de etapas inmediatamente anteriores: teología y catequesis, biblia-liturgia-catequesis, pastoral y catequesis, catequesis-experiencia humana...

Los lectores simplistas, propensos a la clasificación sumaria en dos términos opuestos —conservador-renovador, izquierdas-derechas...— se encontrarán con un texto que les ayudará a corregir toda visión parcial en la materia. El libro de J. Rodríguez Medina supone muchas horas de experiencia y de reflexión personal, de atención al movimiento pastoral de la Iglesia actual vivido desde dentro. Tiene el sabor de un fruto ya granado y el vigor de un árbol todavía en crecimiento.

El autor ha sido y continúa siendo formador de catequistas, de educadores, en el Instituto Pontificio San Pío X de la Universidad de Salamanca. Lleva años de trabajo intenso en la renovación catequética. Se ha puesto en contacto con miles de educadores por medio de cursillos y conferencias de diversa índole, en España y distintos países de América del Sur. De su labor investigadora dan testimonio su tesis doctoral *Pastoral y catequesis de la Eucaristía*, varios libros posteriores y los artículos publicados en la revista «Sinite». Forma parte del equipo europeo de catequistas.

ELÍAS YANES

Obispo auxiliar de Oviedo

PROLOGO

La idea de ofrecer este libro a los catequetas y catequistas fue tomando cuerpo en mí conforme impartía durante varios años la enseñanza de la catequética en mis clases del Instituto Pontificio San Pío X de Salamanca-Tejares.

Era evidente para mí que la temática de mis explicaciones constituía la base de toda la catequética y la materia más propia para mentalizar a cuantos tuvieran que dedicarse a la obra insigne de pedagogos de la fe, ya por la acción inmediata, ya en la tarea de formar a futuros catequistas.

Llegué a convencerme de que tan altos objetivos merecían les dedicara ese no pequeño esfuerzo suplementario que, sobre la labor cotidiana de las clases en un centro universitario, exige al profesor la publicación escrita de sus cursos.

En mi intención, el libro se destina a cuantos forman a otros o se forman a sí mismos para la docencia catequística en centros superiores, facultades de teología, institutos de ciencias religiosas, escuelas universitarias de formación religiosa, seminarios y casas de formación. También se pensó al planearle en aquellos centros para futuros catequistas que con menores exigencias de preparación teológica previa, van surgiendo, afortunadamente, en todas las diócesis. En estos últimos es más necesaria la segura orientación del profesor especialista en la materia.

El contenido de la presente Pedagogía de la fe es muy preciso. Lo definen tanto el título mismo como el subtítulo de la obra. Hemos pretendido resumir en ella, de forma orgánica, ordenada, documentada y suficientemente completa los contenidos que se consideran fundamentales para la formación doctrinal en aquello que se considera básico para la formación doctrinal de los catequistas. Tales conocimientos conjugan a un tiempo los datos bíblicos, teológicos y pastorales con la manera peculiar de ser y obrar del hombre de hoy.

La sección primera comienza situando la catequética dentro del conjunto de toda la acción pastoral de la Iglesia y de la evolución religiosa y cultural que ha condicionado en estos últimos siglos, tanto los contenidos religiosos como la existencia humana. Este fenómeno, complejo y difícil de reducir a explicaciones improvisadas, ha influido sobre la catequesis, le ha impuesto nuevos derroteros y le ha abierto otros horizontes, tanto respecto a los

métodos como a la comprensión de los contenidos concretos de la catequética.

La sección segunda constituye el eje del libro. Estudia la naturaleza de la catequesis, es decir, los objetivos que el pedagogo de la fe debe proponerse al realizar su misión; el significado preciso del contenido de su comunicación: ¿se trata de doctrina o más bien de economía de la salvación histórica por Cristo? Estudia también los determinantes del contenido sobre la persona y formación de los catequistas. Esta tercera sección concluye con los lenguajes o formas distintas, pero reductivamente convergentes, de la comunicación del mensaje.

Deseáramos contribuir con sus tres capítulos a provocar cambio profundo de pensar y de sentir en el espíritu y corazón del catequista: que sepa definir y definirse a sí mismo lo que pretende cuando catequiza, y qué tipo de hombre cristiano debe resultar al término de los años de su quehacer apostólico.

La tercera sección —leyes de la catequesis— es criteriológica. Constituye ella sola un verdadero tratado. Se exponen aquí quintaesenciados en nueve densos capítulos aquellos principios y criterios según los cuales se ha llevado a cabo la actuación de Dios en la revelación. He consagrado solícita atención a esta parte, y más amplitud de la que suelen los autores en la materia dedicarle, por creer que en estas leyes radica algo así como el esqueleto que consolida la actuación del catequista en cuanto docente, formador, proclamador del mensaje, director espiritual, compañero y amigo que convive con sus catequizandos. La materia de las leyes de la catequesis, aunque parezca teórica, es la más práctica de todo el tratado, por comprender aquellos principios internos y estructurales que informan la dinámica catequística.

Concluye el libro con la sección cuarta, consagrada al estudio histórico y doctrinal de los ministros o agentes de la catequesis, tanto en sus formas institucionales y públicas como en aquellas otras privadas, menos aparentes, mas no por ello menos importantes, para la edificación de la Iglesia.

¿Es original este libro? No quisiera caer en pecado de presunción. Reconozco y agradezco la contribución que me han aportado aquellos especialistas que más han pesado en mi formación y más han influido sobre mis propios pensamientos y síntesis personales: mis profesores en el Instituto Superior de Catequética de París, sus cursos y sus escritos: Liégé, Coudreau, Colomb, Audinet, Gelineau...; y muchos otros especialistas contemporáneos, en su mayoría amigos también, cuyo trato suele enriquecerme, sobre todo con ocasión de la reunión anual europea del equipo de catequistas. He tratado de asimilar su pensamiento y de reelaborarlo personalmente; ahora lo brindo a mis lectores, citando

honestamente las fuentes, tanto en el texto como en las copiosas notas bibliográficas; favorezco de ese modo la consulta y el trabajo personal de quienes utilicen este libro. Un trabajo presentado y estructurado de la manera expuesta, creo puede considerarse original. En todo caso, el índice de sus capítulos coincide muy poco con el de los autores consagrados, no obstante suponer los temas nuevos que aquí presento material netamente catequístico, objeto de fuerte demanda por parte de los catequistas. Originales son, sobre todo, muchas observaciones y aplicaciones precisas a nuestra situación religiosa en España.

Antes de editarse, la materia de este libro ha sido expuesta en clase y aun se ha impreso casi toda en ediciones ciclostiladas con ocasión de mi docencia como profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca en el Instituto Pontificio San Pío X, y con motivo de algunos cursos más breves en otros centros universitarios de la misma ciudad. Esta larga gestación me ha facilitado la reflexión y la autocrítica, y me ha servido de tanteo y de atalaya para otear el grado de acogida que la obra podrá merecer de sus destinatarios.

A la amplia lista de personas a quienes debo gratitud, aparte las ya mencionadas, quisiera añadir sólo dos nombres para no resultar impertinente. El de don Elías Yanes, catequista, amigo y compatriota, que se ha brindado gustoso para hacer la presentación al público de la Pedagogía de la fe, y el del Hermano Guillermo Félix, tan vinculado a los orígenes del Instituto Pontificio San Pío X. Fue él quien, en buena medida, le imprimió su impronta catequística, y sigue hoy discretamente con fe y esperanza la marcha y avatares del Instituto en su proceso de adaptación a las nuevas exigencias universitarias. El ha corregido, además, con diligencia y delicadeza, los originales del libro en lo tocante a la corrección de estilo.

Agradezco también a las editoriales Bruño y Sígueme por haberse unido y asegurar así difusión más amplia a este mensaje catequístico.

* * *

Método. La presente Pedagogía de la fe es obra de pensamiento, aunque haya sido concebida también en forma de libro de estudio para los catequistas, como lo delata la estructura, incluso material, de todos sus capítulos. Cada uno de ellos comprende:

— La introducción, que expone de forma clara y ordenada los objetivos y el esquema concreto del capítulo correspondiente, para que el lector logre situarse dentro de él con holgura desde el primer momento.

— *El texto propiamente tal va dividido y subdividido en apartados cada vez más precisos, con sus correspondientes epígrafes, lo cual favorece la fácil aprehensión del proceso y de la lógica concatenación de los contenidos.*

— *Un apartado especial se consagra a reflexiones, sugerencias y aplicaciones pastorales. Ofrece perspectivas, llamadas de atención, puntos de aplicación práctica, pautas para el trabajo individual o en grupo...; destinado todo ello a imprimir dinamismo al estudio, a sugerir tareas apostólicas concretas en relación con la materia, a superar la actitud pasiva que suele producir la lección magisterial, a personalizar la materia convirtiéndola en acción, en motricidad y en compromiso, a abrir vetas y cauces nuevos en la investigación, especialmente sobre la situación del catolicismo en España e Hispanoamérica.*

— *El último epígrafe se reserva a la bibliografía. Este apartado y las abundantes citas al pie de página dan fe de los principales documentos leídos y resumidos por el autor antes de acometer la elaboración de su obra. Ha insistido en la precisión bibliográfica con el fin de que el lector complete su información, lea trabajos que amplíen los horizontes del texto y ahonde en algunos puntos determinados. Para facilitar aún más el trabajo del lector se dan las páginas precisas que interesan; sólo muy rara vez aparecerá citada una obra sin indicación del lugar que importe leer.*

Este libro se ha compuesto, pues, pensando también en el renovado sesgo que ha de darse a la enseñanza universitaria: reducir a lo imprescindible las clases magisteriales, y brindar a los alumnos elementos de trabajo suficientes, para que, guiados por el profesor, consulten, reelaboren, sintetizen, organicen mesas redondas y hagan suya la enseñanza. El profesor ofrece perspectivas o síntesis generales, pero enseña, sobre todo, a trabajar a sus discípulos mediante frecuentes contactos con ellos, individualmente o en grupos reducidos. A este procedimiento le hemos dado siempre singular importancia porque es medio excelente para conocer a los discípulos y porque les obliga a reunirse, contrastar sus pareceres y opiniones con los ajenos, hablar entre ellos y romper ese individualismo del estudiante que lee solo, estudia solo, se examina solo y no se inicia en las relaciones personales durante sus largos años de aprendizaje y formación.

Entendemos que estas relaciones importan tanto o más que la asimilación misma de los contenidos. ¿No implica, en efecto, la misión de todo catequista lograr establecer la relación salvífica con sus catequizandos? Su capacidad de comunicación con ellos es esencial a su tarea. Los años de estudio constituyen el 'momento oportuno' para iniciarse en esa aptitud a la relación

salvífica. Para lograrlo nos parece imprescindible que los catequistas realicen en grupo prácticas dirigidas por sus profesores.

Me daría por muy satisfecho y bien pagado si consiguiera con estas páginas que el lector amase un poco más la palabra de Dios y sintiera deseos más vivos de comunicarla. En este caso, le ruego que se acuerde de mí delante del Señor.

JOSÉ RODRÍGUEZ MEDINA
Tejares, 1 de noviembre de 1971